La Levita Gris

por Samuel Glusberg

—Déjalas correr, Mowgli.
No son más que lágrimas...
Ahora si que eres un hombre!

RUDYARD KIPLING.

Año y medio después de la muerte de mi padre empezaron a olvidarlo en casa. Vencidas las primeras dificultades domésticas, todos tranquilizáronse un poco, y sólo mi madre evocaba su memoria cuando nos reprendía o cuando algo de afuera, una carta llegada todavía a su nombre, la visita de algún amigo que se jactaba de haber sido íntimo, o cualquier otra cosa extraña provocaba su recuerdo.

Entonces mi madre decía, según su costumbre:

—Era un corazón de oro. ¡Pobre Benny!

Y le saltaban las lágrimas.

A mí, en cambio, todas las cosas del hogar me lo evocaban, y a pesar de mis esfuerzos, no dejaba de verlo en cada una de ellas. Como seguimos habitando la misma casa, cualquier lugar bastaba para establecer una relación con él: Por este mismo patio solía pasearse; en ese mismo jardín sentábase a leer; junto a este árbol me besó un día; en esta cama lo vi una vez enfermo que pronto mi pensamiento pasó, como una nube, la idea de que pronto no lo vería más... Su pieza, su cama, su escritorio, su sillón, seguía siendo para mí, la pieza, la cama, el escritorio, el sillón de papá. Muchas veces, en sueños, me despertaba sobresaltado, porque me parecía verlo entrar en mi cuarto, los hombros bajos, la boca fruncida, en aquel rictus doliente a que lo obligaba la respiración nasal impuesta por su enfermedad.

Algunas tardes de regreso a casa, ya en la acera, me lo imaginaba sentado en el jardín mirando pasar a sus pies un enjambre de hormigas, con esa su leve sonrisa que todavía me es tan familiar.

Bien que yo trataba de ocultarlo, su recuerdo llegó a ser para mí como una sombra. Más que sus palabras, me seguía su voz, como si surgiera de mí mismo... Cuando más me apartaba y me quedaba más solo, oía con mayor nitidez su tono y veía sus gestos, sus maneras.

Recuerdo que para contrarrestar esa obsesión, simulaba yo un estado de ánimo infantil, jugando largo rato con mis juguetes. Pero no lograba engañarme. Entonces mi madre decía, según su costumbre:

—Era un corazón de oro. ¡Pobre Benny!

Y me quedaba yo solo, con mis injustas ganas. Pero no le respondía. En silencio me iba a mi cuarto — que era el mismo que en vida ocupara mi padre — cerraba las puertas y me soltaba a llorar frente a su retrato: una postal amplificada que tenía siempre sobre mi mesa.

Era una fotografía de cuerpo entero que lo representaba en sus primeros años de casado, con una levita gris de corte antiguo, muy singular.

Las amonestaciones de mi pobre madre se repetían con harta frecuencia, casi todos los días, pues buenos motivos le daba yo para ello.

Desde la muerte de papá no había vuelto al colegio. Abandonado que hube el quinto año, no quería repetirlo porque la Universidad me interesaba escasamente y menos aún el título de doctor. Tampoco conseguía emplearme.

Me levantaba, eso sí, muy temprano con el pretexto de ir a buscar trabajo; pero al no hallarlo en los primeros días, me formé el hábito de vagar, y ya las más de las veces ni siquiera me acordaba del verdadero objeto que me sacaba a la calle. Sentado en el tranvía o en una plaza, olvidado de todo, leía mi libro y me sentía ya el héroe de una novela de Turgueniev, o el obscuro personaje de una tragedia de Dickens.

A mediodía, almorzaba con cualquiera de mis parientes, y sólo al anochecer, volvía a casa, a pie, literalmente rendido.

En aquellas noches, a la hora de la cena, surgía la discordia como una fatalidad. Mi hermana mayor empezaba echándome en cara mi vagabundaje.

—El atorrante — decía aludiendo a mí — tiene hoy una cara de borracho.

Yo no le hacía caso, y mi madre, exasperada por mi altivez, pediame cuentas:

—¿Dónde has estado todo el día, ángano? ¿Ya has deshecho los botines? ¡Pronto te quedarás sin poder salir!

Yo me esforzaba en seguir callando. Pero mi hermanito menor, cadete en una oficina, me miraba de soslayo, con lástima. Mi hermana, creyendo que no lo advertía, remachaba:

—Te tiene lástima. ¿No te dá vergüenza?

Entonces, fuera de mí, no resistía más y soltaba alguna barbaridad:

—Qué me importa de todos ustedes? U otra semejante.

Y era la primera gota. Todos llovían epítetos de tormenta, y mi madre reiteraba por milésima vez su repertorio de reproches que ya me sabía de memoria.

—A qué diablos te pareces, insolente, ingrato. No tienes corazón. Si viviera tu padre no te atreverías a hablar así. Nada de él ha heredado, zángano. Ni callar sabes.

Y mi hermana con ese candor, tan propio de las maestras de escuela, me preguntaba en serio:

—No sientes vergüenza de ti mismo?

Luego concluía aconsejándome que tomara ejemplo de mi hermanito, tan respetuoso y trabajador.

Yo dejaba llover un rato y cuando ya me sentía completamente empapado, abandonaba la mesa y salía del comedor golpeando la puerta con violencia.

La lluvia seguía con estrépito y pasaba. Entonces hacíanme llamar con un chico.

Claro, por dignidad, yo me negaba; y el mismo chico acababa por traerme la cena a mi cuarto.

—Dice mamá que comas.

Ya sin apetito, apenas probaba de los platos y los devolvía. Luego echaba llave a la puerta y me ponía a leer:

Con la cabeza entre las manos leía con fruición y me embriagaba, como por invisible filtro, con páginas y páginas y páginas que, a la luz de la lámpara, gustaba con lentitud.

Poco a poco, me iba internando en otro país, con otra clase de gente y otras costumbres. Intimaba con todos y me sentía compenetrado de sus inquietudes que hacíanme olvidar mi propio dolor, para sufrir el suyo hasta las lágrimas.

Solía dormirme sin apagar la luz, los brazos sobre el libro abierto en la mesa y la cabeza sobre los brazos.

*

A la mañana siguiente, es claro, sostenía con mi madre y mis hermanos una bíblica discusión sobre la luz, y además de los reproches de siempre, escuchaba las maldiciones milenarias...

Pero esto no vale la pena. Cosas peores me sucedieron para Carnaval, cuando se inició la inscripción en los colegios.

A toda costa mamá quería que hiciera el quinto año para recibirme de bachiller. Yo no me dejaba seducir y prometía rendirlo libre, pues soñaba un empleo de reporter en una revista que había aparecido después de Carnaval. Tenía yo entonces, de sobra, como todo muchacho, grande proyectos literarios, había publicado versos en los semanarios populares, y esperaba con ansia, la gloria que debía desagraviarme de tanto insulto doméstico.

Y llegó el Carnaval. En la avenida que hace esquina con la calle de casa había corso, y por lo tanto no me atrevía a salir, pues era inevitable el chubasco.

Me puse a escribir a propósito del Carnaval. Pero no obstante mi teoría contra las bañas farsa, debo confesar que la fomentaba en la práctica, disfrazando a mis propios hermanitos y enviándolos a meter ruido en la calle.

Claro que esto fué motivo suficiente para provocar a mi madre que, como me tenía a mano todo el día, no me escatimó sus epítetos.

¿A quién diablo te pareces!

Mi hermana mayor, también en casa, la ayudó. Y por la noche, entre las dos, convinieron en que me había vuelto loco.

De otro modo, se preguntaba mi madre, ¿cómo puede ocurrirsele esto a un hombre?...

—Lo que debieras hacer tú — concluyó por aconsejarle, como siempre, mi hermana — es echar a ese zángano de casa, y no admitirlo hasta que le venga el juicio y se haga un hombre de bien, serio, formal, como ha sido papá.

Yo, después de cada sacudón de estos, me quedaba más grave que un pupilo en penitencia; y protestando o en silencio, me iba a mi cuarto — que creo haber dicho ya que era el de mi padre — y me ponía a leer o a llorar recordándolo.

Pero al día siguiente — estoy seguro de haber sido siempre el culpable — daba otra vez motivo para que se repitiera la escena.

Cierto es que los chicos me vinieron a buscar: pero no es menos verdad que yo me entretuve en disfrazarlos de payaso, y que hasta, paternalmente, los conduje por la tarde a un corso infantil en Palermo.

Aquello no tenía de infantil más que el nombre; casi todas las máscaras habían dejado de ser niños hacía tiempo: gente grosera que atropellaba a los chicos y profería sandeces que todos celebraban, sólo porque venían de quienes llevaban disfraz. ¿Pero qué otra cosa es el Carnaval? Me volví a casa furioso, con gran descontento de los pequeños, a quienes, para que no lloraran, tuve que hacer promesa de llevarlos por la noche al corso de casa.

———

Sin embargo, llegaba la hora del corso, no del mundo. A grandes pasos me paseaba por la pieza pensando:

¿Qué diablos iba yo a hacer en el corso que repudiaba?

Pero, a pesar de todo, los chicos, a ruegos y protestas, vencieron mis escrúpulos, y me resolví.

—Bueno, vamos — les dije.

Ellos celebraron mi resolución batiendo palmas.

Apagué la luz de mi cuarto, cerré la puerta, tomé a los pequeños de la mano y...

En ese momento recordé que llevaba el pantalón roto justamente donde no lo veía...

¿Qué hacer?

Dios manda la enfermedad y el remedio a un tiempo, solía decir mi padre, aludiendo irónicamente a la muerte. Con el recuerdo de mi pobre padre, ocurríósme también el remedio.

Hice esperar a los chicos y me volví a la pieza como si fuera por alguna cosa olvidada.

Abrí el guardarropa donde colgaban todavía sus trajes y descolgué su levita gris de corte antiguo, aquella misma levita que, según el retrato, a él le quedaba tan bien en sus años de esposo joven. Me la puse sin mirarme siquiera al espejo; me encasqueté una galera plomiza, también suya, y sali abrochándome los cuatro botones con alguna dificultad.

Los chicos al verme así transformado, no se sorprendieron mucho ni poco; se echaron a reir y por todo comentario, dijeron que me faltaba el bigote. Sin pensarlo, corrí a la cocina y me tizné uno mongólico... Los chicos quedaron contentísimos.

—Vamos, vamos a mostrarle a mamá.

Y me opuse; pero ellos me arrastraron hasta la sala. Abrieron con un puntapié la puerta y entramos. Mejor no lo hubiéramos hecho. Porque no bien estuve adentro un grito agudo nos hizo estremecer:

—¡Benny! ¡Benny! ¡Ay, Dios mío!

Y mi madre cayó en su sillón, desmayada.

Yo me quedé inmóvil como una estatua. Mis hermanos corrieron en su auxilio.

—Agua, agua, gritaban todos.

Y los chicos, amedrentados, rompieron a llorar.

Al rato, mi hermana entró con un vaso de agua, llevándome por delante. Yo seguí estupefacto, sin atinar qué hacer.

De pronto, alguien se me acercó. Era una antigua criada que casi me había visto nacer.

—Bienaventurado, pillo, — me dijo. Luego, más imperativa:

—Quítese esa galera.

Y antes que yo pudiera responderle, me hizo caer la galera que rodó por el suelo hasta parar bajo la mesa.

En seguida empezó a desprenderme la levita. Yo no oponía resistencia. Estaba como idiotizado. ¡Peor! Las ideas más incoherentes acudieron a mi cerebro. Pero ni por un momento ocurríósome la causa de lo que acaecía era otra que mi disfraz.

Por fin mi madre, a los cuidados de mi hermana, volvió en sí.

—¡Mi hijo, mi hijo querido! — suspiró tendiéndome los brazos.

Como si despertara de un sueño más amargo que el de la realidad, caí en los brazos de mi madre:

—¡Mamita!

Y aquella noche todos lloramos juntos como el día que murió papá.

Dos poetisas Chilenas opinan sobre Don Juan

"Analizando al donjuanismo a través de la vida y de la literatura — Byron y Zorrilla, — aparecen dos casos de donjuanismo que son en el fondo absolutamente diversos: uno, pudiéramos llamarlo legítimo, y el otro, de circunstancia. El don Juan instintivo, el que va de mujer en mujer, por el simple placer de variar, me parece un individuo de sentimentalidad mediocre, bidimensionalmente, un hombrezuelo. Podrá tener cierto talento algunas veces; pero carecerá siempre de sensibilidad, de personalidad varonil y de distinción. Son cuales fueran las cualidades de un don Juan de esta índole, el tipo me es repulsivo y profundamente despreciable. Hay el don Juan espiritual, el caso del hombre que, generalmente por análisis, le da al sentimiento Amor todo el valor que

SARAH HUBNER

MARIA MONVEL

le corresponde y considera a la mujer el punto fundamental de la vida. Entonces, sufre, busca, espera, desea amar más de lo que ama, es inconstante, no por limitación de facultades, como en el caso anterior, sino por un máximum de sensibilidad y de condición de analísis: Stendhal, Musset, Wagner, etc., etc.

A esta categoría de donjuanes han pertenecido muchos hombres superiores; y se habrían revelado mayor número de cierto poder espiritual, si deberes o la ciencia de lo irremediable no hubiere hecho de la mayoría de ellos simples fracasados silenciosos. Sin embargo, no todos los donjuanes del sentimiento se han resignado al fracaso pasivo, como podemos verlo fácilmente entre los artistas de todas las razas y de todos los tiempos. Han vivido obsedidos, no por las mujeres, sino por la Mujer; y cuando la han encontrado han hecho de este afecto la base y el culto de su vida entera. Ese donjuanismo, si cabe llamarlo así, lo comprendo, acato y lo admiro".

Sarah Hubner.

"¿Mi opinión sobre don Juan? Pues es bien simple: don Juan no me interesa. Entiendo que se refiere Ud. al don Juan de Zorrilla, inmortal creación del habilidoso fraile don Tirso. Como le dijo, no me interesa y dudo mucho que le interese a cualquier mujer de mediano criterio. ¿Por qué habíamos de correr tras de don Juan? ¿Cuáles son sus hazañas? ¿Cuáles son sus méritos?

¿Bello? No me parece. Hay en su tipo — sigo retiriéndome al amante de doña Inés, — una mezcla de virilidad y femeninidad desagradables: su espada es varonil, pero su barba rizada y sus ojeras hondas son femeninas. ¿Sensible? Don Juan no sintió nunca jamás el placer de su vanidad. ¿Amante? No amó más que a sí mismo.

Sobre todos estos detalles, es inmensamente ridículo y desconoce a la mujer. Poseyó a infinitas de ellas; pero entre todas, ¿dónde está la mujer? No en la pecadora, de seguro, ni mucho menos en la novicia de 17 años — apenas púber y además novicia, — que tuvo la simpleza de amarlo hasta exponer por él su salvación. Si doña Inés hubiese vivido más, si hubiera llegado siquiera a los 25 años, ¡cuánto hubiera reído de su pueril amor de adolescente!

El donjuanismo espiritual ya es otra cosa. Podría interesarme el hombre que va de mujer en mujer sin encontrarla, porque no es responsable de su volubilidad ya que no puede ser responsable de su instinto. Todo esto, si lo entiendo; puedo, incluso, admirarlo; me inspira, además, una gran piedad: tal donjuanismo resulta doloroso y suele darse más en las mujeres que en los hombres.

En cuanto a las opiniones de los médicos sobre don Juan, me parece que van demasiado lejos. Un médico, cuando sea artista como Marañón, filósofo, como Ingenieros, no puede jamás dejar de confundir el temperamento de las mujeres con el suyo propio.

Creo que el fundamento del amor, en lo que a las mujeres se refiere, es mil veces más en el espíritu que en la carne.

Esto último, sólo es suplementario".

Maria Monvel.

La "Biología de la guerra" del Profesor G. F. Nicolai

por A. Polimanti

A la recención de este libro debe preceder la presentación de un autor, completando a la Romain Rolland ya en la introducción de la obra.

Fisiólogo, docente en la Universidad de Berlín, asistente en aquel Instituto de fisiología en la época en que lo dirigían Engelman y Rubner: buen investigador, especialmente en el campo de la electrofisiología, exploró también el campo de la fisiología comparada en la Estación Zoológica de Napoles (1913). Sus estudios sobre el electrocardiograma lo hicieron conocer bastante. Ejercía con éxito la práctica privada teniendo sus consultas para las enfermedades del sistema circulatorio y alcanzó a colocarse tan bien en la capital alemana, que llegó a ser el médico de la emperatriz Augusta Victoria.

En política fué pacifista durante la guerra: en oposición al famoso manifiesto que lanzaron al mundo de los sabios, los 93 intelectuales alemanes, suscribió junto con Einstein, (el fundador de la teoría que ha tomado su nombre), con el filósofo Buch, con el astrónomo Förster otro manifiesto de carácter muy distinto, dirigido a los Europeos.

Confinado en la fortaleza de Graydenz, por sus ideas pacifistas continuó escribiendo allí sus lecciones universitarias, que nunca pudo dar a los estudiantes, sobre la Biología de la Guerra, las que ampliadas despues han sido reunidas en este libro, aparecido cuando el aumento conflicto estaba en su más alto punto. Habiéndose hecho ya imposible para él la permanencia en Alemania todavía en guerra, se alejó en aeroplano, refugiándose en Escandinavia. Firmada la paz, intentó volver a dictar sus lecciones en la universidad de Berlín, pero no se lo permitieron, ni el Consejo Académico ni los mismos estudiantes. Actualmente es profesor de fisiología y director del instituto fisiológico de Córdoba (Argentina). G. F. Nicolai es uno de los paladines del Neokantismo, tiene una profunda cultura en los problemas literarios y sociales de que he hecho gran profusión en esta obra. Los viajes que ha efectuado en las varias partes del mundo — desde Laponia a la China y a la Malesia — le han permitido estar al contacto de gentes, de pueblos, de razas y de religiones diversas que el ha sabido estudiar muy a fondo. Nicolai ha sido uno de los que, así como muchos de nosotros, diseminados por distintas tierras, se ha preguntado, cuando estalló la guerra europea, si no fuera posible la fraternidad entre los varios pueblos empeñados en esa lucha sangrienta e innominable. Ilusiones amargas, cuando se piensa que ni los artistas ni los hombres de ciencia, quienes deberían formar por encima de las pasiones y de los intereses, una sociedad del espíritu, — nunca han llegado a entenderse.

La obra consta de dos volúmenes de los cuales el primero está dedicado al desarrollo crítico de la guerra estando subdividido en tres capítulos (conflicto, las naturalezas de la guerra, militarismo, patriotismo). El autor no se pierde en las ya inútiles discusiones que solamente eran posibles y comprensibles durante el período de guerra, en pueblos responsables no de la misma. Anatomizan el fenómeno de la guerra desde el punto de vista biológico, filosófico e histórico. Para el autor la guerra no sería sino un escalón ya sobrepasado desde la tumba por el ulterior desarrollo de la humanidad como el canibalismo de la vida civil.

Si hemos llegado a la horrorosa lucha de pueblos, se ha debido a la supervivencia entre los pueblos llamados civilizados, de instituciones y sentimentalidades arcaicas, que han seguido cultivando castas interesadas en las varias naciones, de las cuales se sirven en el momento oportuno para lanzarlas al sangriento duelo.

Y yo agrego que son estas mismas castas las que para su provecho personal siguen avivando continuamente en todas las naciones europeas, en este desastroso *post-bellum*, tales residuos de civilizaciones prehistóricas y se sirven de los pueblos para morir despiertos el odio no sólo entre las diversas naciones sino también entre las clases que forman parte de una misma nación. La guerra para Nicolai no es sólo la negación de todo progreso humano, sino que influye de la manera más desastrosa en todas las manifestaciones de la vida humana (desde la generación hasta las manifestaciones más altas de la inteligencia). Para dar toda la razón a Nicolai, bastaría pensar en el decaimiento de las ciencias biológicas, especialmente en muchas naciones europeas, después del gran conflicto.

La guerra es la desvalorización de la verdad, de la moral, del arte, de la ciencia, en una palabra de todo lo que posee la humanidad de más sagrado.

Son buenas las páginas sobre el militarismo y su desarrollo, especialmente en lo que se refiere a la Germania; no existe una guerra defensiva sino una guerra humana. Los ejércitos permanentes con servicio obligatorio son un peligro continuo para la paz: si Inglaterra tiene hoy la obligatoriedad del servicio militar, toda Europa y cada Europeo son responsables de eso, como lo fueron cuando el militarismo llegó al trágico año 1914.

El patriotismo es cosa innata en la raza humana: el amor a la familia, a la tierra natal son su base. Del patriotismo individual se pasa al de la raza: son referibles las naciones en las que están unidas en convivencia muchas razas, en un perfecto equilibrio entre sí (el Autor cita la Suiza y los Estados Unidos de Norte América: para estos sin embargo me permito exponer mis dudas, porque el *homo americanus* quiere afirmarse para tomar la preponderancia sobre otras razas de esa nación). Del patriotismo nacional no es muy largo el paso al patriotismo, acentuado en muchas naciones antes de la guerra y que tal vez fué una de las causas que precipitaron los acontecimientos dolorosos, cuyas consecuencias tienen en estado precario especialmente a Europa.

El segundo volumen de la obra está dedicado a la supremacía de la guerra en la idea y en la realidad. La humanidad por medio de la mayor parte de sus filósofos y de sus poetas, de sus médicos, de sus biólogos, siempre ha combatido la idea de la guerra, basándose también sobre principios filosóficos y religiosos, y Alemania también habría por su parte seguido esta conducta por boca de sus pensadores y de su pueblo. Sólo las castas militares con la extensión de sus raíces, han conseguido gran preponderancia y rítmicamente, al través de los tiempos, han conducido los pueblos a la guerra por puro y simple fin de egoismo. En la raza humana el amor para los otros es en realidad más grande que el odio: el hombre ama la cultura por nacimiento. Desde el punto de vista biológico el derecho a la lucha está innato en la humanidad, más la guerra, por el contrario no tiene ningun objeto que el hombre deba alcanzar in de naturaleza nacional o cosmopolita, ni ideal o material. En la historia existe un altruismo inglés, pero resplandece también un Kant de luz propia con sus ideas pacifistas, con su escuela y con las esferas internacionales por el contrario, en todas las religiones, según el autor, habría siempre una base de egoismo. La humanidad la pasado al través de la época griega y cristiana, al moderno empirismo: la cultura moderna ha hecho que la humanidad progresase muchísimo.

Los hombres han fundado instituciones y oficinas internacionales para las más variadas manifestaciones; hay ciudades internacionales, el aire y la ciencia tienden, cada día más a volverse patrimonio general: en los últimos decenios el desarrollo técnico, la celeridad de los viajes, han aumentado de modo fantástico. Fué Napoleón que concibió primero el sueño de tener el solo en sus manos el mando de toda Europa, y sucesivamente después de la guerra de 1870, la Germania se apropió de semejante proyecto. Nicolai concluye su obra con un hermoso capítulo sobre el plasma primitivo. De esto infiere, como conclusión, que la mutación de los hombres traerá definitivamente criaturas pacíficas (hay excepciones que van desde Moltke a Bernhardi), y esta mutación está cerca; finalmente propone un decálogo para el hombre que debe profesar la religión de la Humanidad.

Naturalmente, dado el tema y el enorme material que trata, de naturaleza literaria, biológica, geográfica, guerresca, económica, este libro presenta por acá y por allá algún defecto y tal vez no llega a representar un todo armónico, pero es, sin duda alguna, suscitador de ideas, y además, se halla en él un tal material bibliográfico, que ha sido oportunamente organizado al fin, con índice por materias y por autores, que lo hace no sólo interesante sino también muy útil

Aconsejo la lectura de esta obra no sólo a las personas que quieren estar al corriente de estas cuestiones, sino también a diplomáticos, a juristas, hombres de Estado, así como a los médicos, a los naturalistas y a los biólogos. El libro contiene tal cosecha de hechos como talvez tenemos pocos hoy. Finalmente séame permitido cumplir con el deber de enviar un saludo y un augurio al colega lejano no sólo por el trabajo efectuado, sino también porque la luminosa prueba de abnegación y de altruismo que ha dado en servicio de una idea.

¿Cuántos entre nosotros, en la posición social que él ha alcanzado, hubiesen escrito una obra de tal naturaleza? La contestación es algo engorrosa, dada la actual situación psicológica entre la mayor parte de las personas dedicadas al estudio.

G. F. Nicolai no solo es un hombre de gran talento, sino también ha dado prueba de poseer un sólido carácter.

Los Sacerdotes Laicos

por Euclides E. Jaime

I. JOSE INGENIEROS

Con el título de "Los sacerdotes laicos" procuramos ensayar una disección sobre las ideas sociales, políticas y económicas de los hombres que están a la vanguardia del pensamiento contemporáneo.

Nuestra situación de críticos no es la del dogmático o la del que se encierra en determinada sectario escuela para juzgar ideas, cosas y hombres. Procuraremos presentar a cada uno de los pensadores de nuestros días en forma elevada y digna de los ideas que defienden o de los credos filosóficos que sustentan.

Tenemos para nosotros, que el crítico debe unir a su cultura, vasta y profunda, una enorme dosis de tolerancia.

Al comentar a los hombres que guían al mundo de las ideas en la época contemporánea, nuestra alma solamente será guiada por un propósito: buscar entre las doctrinas, las mejores y entre los hombres el más completo en cuanto a mentalidad creadora.

Por otra parte, intentaremos fijar la influencia de cada uno en la hora actual y en los acontecimientos de nuestros días tan complejos.

Comenzamos, con este ensayo, por describir a los inmortales; a los nuestros; es decir, a los pocos argentinos que poseen mentalidad emancipada de prejuicios regionales y de falsos dogmas — que ya han muerto — para continuar con los europeos que han sabido ocupar, en estos instantes decisivos para la vida del mundo, un puesto de responsabilidad en la elaboración de la nueva conciencia que, trabajosamente, gesta en las entrañas mismas de la humanidad.

Lejos de nuestro ánimo el pretender dar un juicio definitivo sobre cada uno de los pensadores modernos. Al contrario, satisfechos estaríamos si consiguiéramos mostrarlos tal cual los hemos concebido a través de sus páginas palpitantes y de sus nobles pasiones, encaidilas como entorchas en este crepúsculo indeciso de luces y sombras, que es el mundo presente.

Hablar de José Ingenieros es despertar afectos en unos y odios en otros. Ello se explica: Ingenieros es una personalidad definida, propia, con aristas que cortan como cuchillas filosas.

Carece, el recio pensador, de prejuicios de escuela o de excesivo celo de sectas. Es un cerebro universal, en la cabal significación del vocablo.

Ingenieros no es el aprendiz que tantea para buscar camino: es el visionario audaz que arremete contra los vicios y las injusticias de una sociedad egoista, importándole poco las consecuencias derivadas de su acción para sus intereses de hombre. Poseedor de una clara conciencia y de alta responsabilidad histórica, convencido de su función de pensador — y función hecha ya un sacerdocio — publica sus ideas y se mezcla a los apasionados combates de nuestros días, como un soldado laico que quisiera probar la grandeza de sus convicciones en la prueba de fuego del sacrificio.

Digamos, en homenaje al autor de "El hombre mediocre", que lo creemos el dueño fácil de una valentía moral indiscutida y probada, hasta la evidencia, en los días angustiosos y preñados de incertidumbre del período de la postguerra.

Buenos Aires pasaba en los años 1910 y 1919 por momentos indecisos. El mundo todo, incendiado por los cuatro cardinales, era un rojo reverberar de pasiones.

Los pocos intelectuales argentinos habíame mezclado, como parte, en la agitación popular que, en nuestro país, defendía la causa de Francia.

Ingenieros, sereno, tranquilo, como un timonel que mira la tempestad de frente para salvar a su buque, permanece en un puesto mirando más lejos y viendo en la contienda, no el duelo épico de dos civilizaciones, sino la guerra imperialista de gobiernos de clases.

Reafirma, primero, sus simpatías por Francia en homenaje a su causa aparente de justicia. Pero precedida la revolución rusa, inesperado estallido para los retardatarios de todos los países, que conmovió profundamente la estructura social de todas las naciones, Ingenieros — como si hubiera esperado el parto gigantesco — se pone de pie y, olímpico en su gesto de gran señor de ideas, habla! Su voz se oye a pesar del estrépito de los sables y el retumbar de los cañones. Su palabra se espera con ansiedad no disimulada.

*

Alineánse frente a él, que es el fuego del porvenir, haciendo muralla defensiva, conservadores y reaccionarios tratando, con su actitud, de impedir el avance que su palabra se escuche y siga golpeando las conciencias, desorientadas unas, adormecidas otras, claudicantes las más! Es que el drama es demasiado grande para que la vorágine de los acontecimientos no arrastre, como guijarros, a los restos de la civilización del pensamiento.

Las pasiones desencadenadas sin un freno que las reprimiera o un brazo que las orientara hacia puertos de bonanza, empujan a los más sermos y confunden a los más audaces.

Del otro lado, la pequeña fracción de socialistas, comunistas y liberales, rodea al fuerte pensador que, en plena sensibilidad futura, va a derramar un poco de luz en el cuadro siniestro de calumnias que se formó alrededor del estallido ruso.

Ingenieros no teme. Las sombras amenazan y él va a ellas, alta la antorcha y firme el brazo, a iluminarlas, repitiendo el gesto de los mártires en la roma del paganismo: la fe profunda, hecha carne y nervio en la nueva Tabla de la Ley futura.

En ese ambiente hutacanado de pasiones, Ingenieros habla.

Nadie acertaba, en aquellos instantes, a hablar con valiente y meridiana claridad, acaso porque los que conocían la marcha fatal — biológica, diríamos — de los acontecimientos tenían veces molestados en su tranquilo remiar de satisfechos conocimientos en las posiciones conquistadas en el mercado social, político o profesional.

*

Fué en esos minutos inolvidables, en los que se jugaban los destinos de un mundo carcomido por mentiras y crímenes seculares y nacía, en la conciencia de cada hombre libre, una nueva esperanza y se percibían los contornos de un mundo mejor, cuando Ingenieros atrevióse a dar su conferencia en el Teatro Nuevo sobre "Significación histórica del maximalismo". Fácil es imaginar el revuelo y la alarma que produjo el simple anuncio de que el filósofo hablaría.

La grey del miedo — católicos, militares sin conciencia humana, jovenzuelos afeminados, aventureros políticos, y damas de aparentes virtudes — temblá!

Temiase la verdad y la fuerza del nuevo evangelio, dándose así elocuente prueba de la falsedad y la injusticia del actual orden social.

El "Nuevo" resultó pequeño. El local y las calles adyacentes hormigueaban de gente.

Desde el periodista mecanizado y fósil del diario burgués hasta el inquieto repórter de la revista revolucionaria: desde el viejo luchador de los centros obreros hasta el divulgador científico de doctrinas, estaban allí.

Solemne era la hora. Anuncios de tempestad había en el ambiente. Inquietud no disimulada reinaba en todos los corazones. Amenazas torpes dirigiánse desde las sombras de la reacción.

Y el pensador adelantase al público en un ademán que es como un mensaje de amor.

El silencio pone estertores de angustia en el espíritu y se aguza el oído en la atención por no perder un vocablo, una frase de la disertación.

*

Con la tranquilidad interior del hombre forjado en las serenas normas del estudio metodizado y permanente, Ingenieros diserta como si estuviera dando una lección explicativa a cientos de alumnos. Desarma, al hablar con serena firmeza de convencido, a los barbaros de la reacción que estan allí disimulando bajo la discreción de la vestimenta del hombre civilizado, a los troglodidas de las cavernas.

No necesita, para convencer, recurrir a la argumentación sociológica o económica. Hace, con sencillez de maestro, una síntesis retrospectiva de la marcha de los acontecimientos humanos y llega, sin violentas transiciones, hasta la explicación de la revolución rusa.

Demuestra, con cuatro pinceladas que son como un ángulo de luz, las tendencias de las distintas escuelas revolucionarias y presenta — aquí el revolucionario que hay en Ingenieros se apasiona — a la revolución rusa como el acontecimiento más grande de los siglos después de la revolución francesa y superior a ésta en su finalidad de libertad integral del hombre.

De todas sus palabras se desprende un aliento de fe, una vibración de esperanza que es algo como un clarear lejano del futuro. La renovación social, vista a través de Ingenieros, abre calle en el corazón de cada hombre y arranca las telarañas seculares del prejuicio. Es la luz del viento que barre las nubes negras sobre las densas sombras de una noche demasiado larga y dolorosa.

"Las ideas no se matan", afirma con Sarmiento al terminar, y glosando a Gorky en su definición del hombre, clavera un magnífico beccico entre el clamor estrepitoso de la concurrencia, de cuyo rumoreo profundo parece elevarse un himno grandioso de justicia.

*

Negar en Ingenieros talento, equivale a ser imbécil. Y si recogiéramos los juicios antojadizos de reaccionarios y conservadores — conservadores son inteligentes y que, por tanto, resultan pícaros redomados porque la inteligencia es revolucionaria" esencial — tendríamos un monumento de injurias para el filósofo. ¡Fatal homenaje que rinden los pequeños a los grandes, en su triste misión de hacer más intensa la luz del genio y más nítidas las aristas de la estatua!

Ningún hombre de pensamiento ha despertado, en el país, durante los últimos tiempos, más odios que Ingenieros con su práctica idealista de una sociedad mejor. Y nadie, también, como él ha sabido cultivar más afectos en el alma de la actual generación laboriosa argentina que, sin complicidad con el pasado, aspira a construir, en calles edificios concretos, las quimeras locas de una justicia humana que la sienten sólo los fuertes y los elegidos, en su puro afán de perfeccionamiento de la especie y de elevación integral de la baja condición de la criatura viviente.

Espíritu de niño, por lo mozo de su empuje, hay en este hombre, cuya labor intensa de divulgación científica y filosófica asombra por su unidad y su recta continuidad de método.

Adivínanse en sus páginas — póngase al azar cualquier libro del pensador! — el placer supremo del espíritu guiando a la pluma obediente que, como libélula de luz, estampa en el papel, con mano pródiga, las riquezas, inagotables, de un cerebro superior, siempre renovado y siempre claro como esos hilos de agua diáfana que, en plena montaña, parecen ser el alma de la creación escapándose por entre las grietas de la roca.

Completa y acabada este su pensamiento por más abstracto en sus concepciones y nada accesible que resulte para el común de los hombres — con pompas de lenguaje y riqueza de colorido que hacen asimilable sus ideas por opuestos que estemos de su plan mental. Es, sin rodeos ridículos de definiciones esquemáticas, un maestro de belleza científica y un filósofo de modernas concepciones sociales.

Su mayor encanto, su virtud prístina, reside en la juventud de su lenguaje rítmico y claro cuando expone una conclusión concreta de su pensamiento y frívolo cuando se dirige a los jóvenes en su prédica, casi evangélica, de estos años últimos; feroz, cruel como una cuchilla trágica, cuando califica a ignorantes presuntuosos y condena — en contraposición de su ilustración universal — a los grandes estafadores de esta sociedad bárbara que encubre sus crímenes llamando gloria al renunciamiento de la vida y sabiduría al robo sistemático hecho Ley!

*

Arreció la campaña de los reaccionarios y de los propios egoístas de la izquierda cuando vieron que el filósofo continuaba su prédica y arrojaba quincenalmente, folletos tras folletos, desmenuzando y aclarando los acontecimientos mundiales de la post-guerra.

—¡Con qué sed espiritual se devoraban los esos libros de Ingenieros! Coleccionados todos ellos en un libro que titulara "Los tiempos nuevos", adviértese en algunos la precipitación con que fueron escritos, acaso porque los acontecimientos de la hora producían se con celeridad y la propia historia parecía haber perdido su ritmo.

Los liberales y los hombres de convicciones filosóficas contrarias al actual orden social, siempre han contemplado en Ingenieros, al fuerte pensador revolucionario. ¡Es que un pensador de verdad es, fatalmente, un revolucionario, puesto que la misma grandeza de su concepción mental obligado a ser un subversor de valores políticos, morales y economicos!

No podríamos llamar a Ingenieros socialista, comunista o darle cualquiera otra definición de rótulo, ya que ello sería pretender encajar un cerebro poderoso dentro de un estrecho casillero. El caso de nuestro pensador es el de Anatole France; en Francia: los mismos comunistas, sus correligionarios, condenáronle por su carencia de espíritu de partido.

¿Y como exigir a un hombre de luminosa concepción, espíritu partidario o disciplina de sector?

Una vez más la mediocridad de los políticos no alcanza a comprender la grandeza de un cerebro que está por sobre las minucias de la tierra!

*

Ingenieros militó, en sus mocedades, en el partido socialista, en compañía de Justo y de Lugones. Con este último fundó "La Montaña", formidable tribuna de ideas en la que ambos batiánse, como leones, contra el obscurantismo, el privilegio burgués, la miseria económica, la mugre política de sus contemporaneos y la vacuidad cerebral de los gobernantes del país.

"La Montaña" fué un látigo terrible que restallaba sangre, contra los ogros del Estado y los estafadores políticos del pueblo que, con el nombre de políticos, infectan los países civilizados canalizando, con sus interpretaciones jesuíticas, el alma rebelde y apasionada de las muchedumbres que reclaman justicia!

El Ingeniero, el poder de observación es extraordinario. Atento al ritmo evolutivo del mundo, contempla los hechos, desentraña sus causas y, como un cirujano social, dice: "Esta es la fórmula conveniente para curar ese cáncer".

Sus actividades políticas tuvieron fin cuando el escritor convenciósE que en política, hay que hacer mil conciesiones a intereses de todo orden. Replegóse sobre sí mismo, dedicandose por entero a la investigación científica. De regreso de un viaje a Europa, dió a la publicidad el libro "Al margen de la ciencia", hermosa colección de artículos y de impresiones de viaje, en la que debe anotarse, por su belleza y su emoción, el escrito directivo llamado "Las manos de Eleonora Duse".

*

Su vasta erudición científica y filosófica y su poder admirable de síntesis, hacen de Ingenieros el prototipo del sabio. Sus obras científicas, especialmente las que se refieren a estudios psicológicos son tratados luminosos en las que revela la sólida base de su cultura y el dominio del método para penetrar, como un